

los balillas? Y en Rusia ¿no se obliga hasta a las niñas a entrar en servicios semejantes? ¿No se está haciendo de las nuevas generaciones de mujeres, masas de soldados? Entonces, contra semejantes abusos de las intenciones mismas que ha tenido y tiene hasta la naturaleza bruta, ¿qué esperanza queda? En los nuevos regímenes no se habla más que de vida peligrosa, de educación heroica, de aptitud para la lucha bélica, de disposición incondicional al sacrificio de los individuos... ¡Coraje para la guerra! ¡Vigor para resistirla! ¡Milicia! ¡Fuerza! ¡Armas! ¡Embate! ¡Matanza! ¡Conquista! ¡Imperio! Tales son las voces que se oyen,—que yo oigo, desde París, en la lontananza de los países gobernados por dictadores,—como la consigna de la más reciente pedagogía. ¿Para qué la ciencia pura y verdadera? ¿Qué importa la investigación de la verdad si ésta no sirve al poder de un déspota? Que se cree solamente una técnica industrial, como una generación fabril y guerrera, es lo que importa. Y en mi obsesión insisto: ¿cómo ha de ser posible, así, la reacción que salve a Europa, quizás al mundo, del abismo ante el cual se encuentra?

Noto el contraste entre el tipo de hombre de cultura que se había comenzado a producir, que debía seguir produciéndose, y el tipo de hombre de dictadura que ahora se está intentando, que se quiere seguir produciendo. Mien-